

Nicolás Abreu Felipe  
MIAMI EN BRUMAS



De la presente edición, 2018

- © Nicolás Abreu Felipe
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[www.hypermediamagazine.com](http://www.hypermediamagazine.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Dirección de la colección Mariel: Juan Abreu  
Edición: Ladislao Aguado  
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler  
Imagen de cubierta: Steve Johnson  
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 9

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

## A PROPÓSITO DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

*Hay una Cuba de antes de 1980 y una Cuba que comenzó a nacer a partir de 1980. En esa Cuba de antes de 1980, los que huían de la isla, se consideraban exiliados. En la Cuba posterior, sobre todo a partir de la década de los 90, eso fue cambiando y surgió la figura del emigrante del castrismo cubano. Algo que a mí siempre me ha parecido insólito, de una dictadura se huye no se emigra.*

*Los libros que he agrupado en esta colección, pertenecen, literariamente hablando, a esa Cuba anterior a 1980: solo pueden haber sido escritos por exiliados de la dictadura cubana. No quiero decir que sean mejores ni peores, solo señalo que pertenecen a una época y a una Cuba que ya no existe, o de la que ya queda muy poco, y que comparten cierta mirada sobre los tiempos que a los autores les tocó vivir, amén de una saludable furia.*

*Algunos de los escritores que agrupo en esta colección, que se publica gracias a la iniciativa y al interés de Editorial Hypermedia, salieron de la isla durante el Éxodo del Mariel, otros lo hicieron un poco antes o algo después del gran éxodo marítimo. Pero todos pertenecen a esa Cuba que producía exiliados políticos, fugitivos, y no emigrantes. A mi entender, estas obras se alimentan, enriquecen e iluminan unas a otras, y ayudan a definir y a comprender el tiempo que a sus autores les tocó padecer. Por eso las he reunido aquí.*

Juan Abreu

*A la memoria de Antonio Abreu,  
mi padre, en algún lugar.*

## I

Entre el ronroneo de las olas al golpear el fondo del bote, Máximo escuchaba las noticias. Se divertía con las imbecilidades de los comentaristas y genios de la radio. La tarde caía. Bajo una turbulencia de nubes que parecían arder, el sol se sumergía en el horizonte. La luz llegaba a la costa y escalaba los edificios rechinando en los cristales. Sin embargo, el resplandor se extenuaba en la orilla, donde las muchachas cogían sol con las tetas al aire, a los pies de la ciudad de Miami.

Pescar era su delirio, pero esta vez el propósito de tirar el bote al agua no era llevar algún pez fresco a casa. Quería estar solo. Entre el mar y Máximo siempre había existido una afinidad rara. Cada vez que se daba un chapuzón en sus aguas sentía como si lo chuparan, como si al sumergirse se separara de su cuerpo. La soledad que se esparcía sobre la superficie lo tocaba. Pensó en el suicidio, aquella tranquilidad refrescante lo hacía reflexionar siempre de la misma manera. Se dejaba llevar por la idea y se veía hundiéndose en el mar con el ancla atada al pie, y un tiro en la cabeza para incitar a

los tiburones. Pero todo quedaba en su imaginación, en el peor momento se le interponía la familia. Aparecían su hijo, su mujer, sus padres y el amor que se reflejaba en esas imágenes, lo hacía volver a la realidad, aunque en el fondo reconocía que el suicidio era la única y última esperanza. Tal vez por eso, llevaba siempre en el bote su revólver calibre 38.

Sus padres se retorcían en su memoria. Nunca quisieron irse de Cuba y permanecían allá en la isla, bajo el mismo techo, conservando con vida todo lo que un día los mantuvo unidos. Las fotos que recibía lo deprimían. Sentados en los mismos sillones que él dejó, trataban de enviar una sonrisa de supervivencia. Era la misma madre a la que él muchas veces observaba trajinando en la casa, como si fuera por última vez. La misma madre que los domingos, cuando llegaba del cine, ponía en la mesa una cazuela de arroz con pollo cubierto de pimientos morrones. Era su padre que cantaba tangos bajo la ducha. El mismo que veía venir de la bodega, encorvado y tambaleante, con una lata de luzbrillante en cada mano. El mismo que decía orgulloso a todo el mundo que había visto, desde el bar donde se tomaba unos tragos, a Al Capone rodeado de guardaespaldas caminando por los muelles de La Habana. Todo se reducía ahora a fotos, a voces que parecían resonar tras el misterio de una carta.

Sacudió la cabeza como para expulsar las malas ideas y miró hacia los edificios que brillaban a lo lejos. Miami es una ciudad en la que se vive flotando. Los turistas la adoran, llegan, compran barato en las tiendas del centro y después se largan con la música a otra parte. Él la resistía porque amaba sumergirse al atardecer en el agua tibia de las playas de Crandon Park. La tole-

raba por ser uno de esos puntos del continente donde lo único que se siente con fuerza es el verano. En julio y agosto el calor es sofocante, la piel de los hombres que trabajan al aire libre se endurece y se curte bajo el sol del mediodía. Por eso los cubanos la han elegido como refugio, porque el clima es rudo como el de su país y algunos hasta sueñan con convertirla en una nación. Sin embargo, los americanos que habitan aquí, por su piel débil, viven temerosos del cáncer. Otros, cuando la nieve cubre los estados del norte y los hace aun más inhabitables, huyen y vienen a Miami Beach a disfrutar un poco del sol que para entonces ha disminuido su vigor, pero luego, antes de que el verano azote, regresan de nuevo a las penumbras.

Máximo, extasiado, trataba de percibir cuándo se encendían las luces en los edificios más altos, pero no lo lograba. La iluminación en el litoral se iba intensificando a medida que caía la noche, imperceptiblemente para él.

Miami era un lugar que Máximo no comprendía del todo. Una ciudad pantanosa en la cual no existía un sistema de alcantarillado eficiente y después de los aguaceros, una gran parte, permanecía inundada por varios días. Una ciudad donde los estacionamientos han sustituido a las hermosas plazas. Donde es muy difícil encontrarse a un ciego en una esquina, esperando la benevolencia de alguien que lo ayude a cruzar la calle. Una ciudad civilizada, de luces, de tiroteos, donde muchos sueñan con tener un carro europeo con cristales oscuros. Una ciudad de puertas cerradas, donde se puede vivir haciendo de la ridiculez un arte natural. Donde muchos cubanos siguen añorando la patria, pero se han convertido en una raza indefinida. Para Máximo las ciudades modernas eran monumentos a la

inutilidad. Los hombres en sus grandes almacenes se trituraban entre sí. Miles de edificios cubren la arenosa orilla, a lo largo de toda la costa, con el propósito de amontonar gentes. La mayoría de ellos, prefabricados y luego ensamblados como rompecabezas. Por eso siempre llevaba en su memoria ciudades como La Habana y Toledo donde mirando la reja de una ventana, o los adoquines curiosamente acomodados en una calle, podía saborear el esfuerzo y la creación del ser humano.

En Miami las discotecas abundan. Los muchachos las invaden los fines de semana y danzan sudorosos entre colores que los embobecen. Gritos salvajes, remeneos de cintura, saltos incoherentes que hacen vibrar como maracas, tras las blusas escotadas, las tetas de las muchachas. Jóvenes que no van más allá de la secundaria, porque los libros pesan mucho y cuestan muy caros.

Máximo dedicaba los ratos libres a permanecer rodeado de lo que quería. Amaba las plantas que adornaban la casa, los cuadros que colgaban de las paredes, muchos de ellos comprados a plazos a pintores cubanos muy conocidos en Miami. Amaba el arte, creía con firmeza que era ese el último instinto que conservaba el hombre para poder sobrevivir. Se emocionaba mirando la noche borrar el horizonte. Lejos del bullicio y los intoxicantes automóviles, se refrescaba después de un día de trabajo.

Sonrió al ver el perro ladrándole a la brillante superficie del agua con las dos patas delanteras puestas sobre la borda. Máximo apagó el radio y le silbó al perro. Aretino rápidamente fue hacia él, se le acomodó entre las piernas y lo miró con unos ojos tristes, como la misma sombra que los envolvía. Máximo se creía culpable de aquella tristeza con la que cargaba el animal. Su tío Florencio, que compartió la vida con un perro



inmenso y misterioso, le había dicho que los animales a los que uno quería y protegía, por no se sabe qué truculencias comunicativas, se iban contagiando con las lamentaciones y frustraciones del amo y al final sufrían y padecían como un mismo ser. Por eso Florencio lo mandó a matar antes de que se muriera de un cáncer en la garganta. Siempre dijo que si con alguien quería encontrarse en el otro mundo era con su perro, porque había sido el único ser viviente que había penetrado en él como nadie. Máximo aprendió mucho de las conversaciones que sostuvo con su tío cuando lo visitaba. Vivió en un cuartucho, atestado de plantas, en un edificio ruinoso de La Habana Vieja que se sostenía gracias a los puntales que sujetaban los arquitebros principales. Un viejo raro que no creía en los médicos y era adicto a las infusiones. Su vida quedó marcada después de la llegada de Fidel Castro al poder. Se convirtió en un hombre retraído, criticado por todos los oportunistas que se unían al nuevo proceso. Como muchos, no quiso huir y se hundió en los recuerdos esperando a que los rebeldes dejaran de jeringar. Contemplaba impotente como la ciudad se ennegrecía. Pero ignorando hasta donde puede calcinarse el espíritu humano, vivía convencido de que aquel desquicio social no podía arraigar en un pueblo tan divertido.

—Jamás abandonaré Cuba —le decía a Máximo en sus intrincadas conversaciones—, aquí vivo porque estoy amurallado por lo que quiero. En estas calles se esconden lindos recuerdos de todos los que quise, que han muerto. A veces tropiezan con mi olfato y los revivo gracias a mis palpitaciones, a lo sofocado que me voy sintiendo. Si huyera, todo eso moriría, se ahogaría lo que respira gracias a mí. Desde esta ventana aún lo-

gro ver mi juventud, La Habana llena de colores, no de locos, bajo la que yo vibraba. Llevo un poco de esta ciudad en mis hombros y si huyo, me convertiré en un cómplice dejándola hundir. La Habana es un gran ser viviente. Mientras esté aquí no se ahogará, la mantendré a flote dándole oxígeno con mis recuerdos.

Ahora Máximo comprendía y admiraba mucho más las palabras de Florencio. Cuando era aún joven y el encanto del riesgo lo envolvía, aquellos razonamientos le parecían ridículos. Habían pasado años y él comenzaba a envejecer. Ahora su tío estaba muerto, quién sabe a dónde habían ido a parar sus huesos, él había huido y los rebeldes seguían jeringando en Cuba.

Aretino de vez en cuando le pasaba la lengua por la cara a su amo, pero aquel baboseo, al final, irritaba a Máximo que lo repelía de alguna manera.

—Aretino, para ya o te bajo... —le dijo— mira allá qué bonita se ve la ciudad desde aquí, tal parece que no la habita nadie... ¿no estás aburrido?... yo sí; además estoy cansado... ya, te estás quieto o te tiro al agua para que te des un chapuzón.

El perro al oír que le hablaba en vez de calmarse, comenzó a ladrar alborozado. Aretino era un perro muy inquieto y a Máximo le molestaba que jamás se estuviera tranquilo cuando él lo quería acariciar.

—No te entiendo, me hablas en español o te callas —le dijo mientras le apretaba el hocico y le besaba entre los ojos.

Máximo había levantado el ancla y el bote se movía a la deriva. Preocupado miró a su alrededor temeroso de chocar con otro bote o con alguna boya. Por la facultad que tenía de entretenerse con cualquier cosa, se había visto en varios aprietos. Una vez, por no percatarse de que la marea estaba bajando, encalló por varias horas.

La noche los envolvió y Máximo al ver que flotaban en la oscuridad prendió la lámpara de propano. Aretino, tras él, entorpecía sus movimientos buscando que le prestara atención. Por último arrancó el motor decidido a regresar, miró hacia la oscuridad tratando de descubrir el horizonte, pero no pudo precisarlo en aquella masa impenetrable. Sabía que todo aunque invisible permanecía intacto más allá, y contempló por unos segundos las luces de los botes pesqueros que a lo lejos parecían danzar en el espacio. Máximo había atravesado aquel mar en un bote de 27 pies. Su mujer, más sesenta personas, lo acompañaron en aquella travesía. Aún no comprendía cómo la embarcación sobrevivió los embates de la tormenta que enfrentaron en el Estrecho de la Florida. Al amanecer pudo ver las olas que habían hecho estremecer la embarcación en la oscuridad de la noche. El mar y las tormentas seguían ahí y se imponían ahora a otros que aspiraban a ser libres. La libertad, a la que Máximo se adaptó rápidamente, le trajo nuevas aspiraciones, sacrificios y alguna que otra frustración que sumó a las que ya padecía. De muy joven soñaba con ser un buen batería y tocar en un grupo creado por él, pero la más sofisticada batería que logró tener en su isla fueron los libros, cubos y palanganas viejas de su casa que colocaba sobre la cama, donde a base de estridentes redobles se saciaba cantando canciones del momento, coreado por sus hermanos y amigos, quienes lejos de ser cantantes parecían vendedores de mangos. Veinte años después cuando se sentó frente a una batería auténtica las manos le temblaron y se sintió impotente, ridículo. El tiempo había pasado, no podía, ya frente a ella, tocarla como a él le hubiese gustado. Después de redoblar arrítmicamente y de tratar infructuosamente de seguir el ritmo de *Ob-la-di, Ob-la-da*, tiró las baquetas y aunque sonrió, estaba destruido.

Pero no solo batería había soñado ser, creía desde niño y aún tenía esa convicción, que podía llegar a ser una estrella de cine, un actor de la talla de Charles Chaplin. Pero en Cuba jamás tuvo la oportunidad de estudiar en ninguna escuela de artes dramáticas, necesitaba muchos requisitos políticos que solo lo conducían a complicidades y a servir al comunismo establecido. Él y algunos de sus amigos abandonaron el preuniversitario cuando se dieron cuenta de que jamás conseguirían estudiar la carrera universitaria que deseaban, en su caso (esa era otra frustración), licenciatura en Historia del Arte. Solo algo conservaba de aquella isla donde había vivido sitiado: la habilidad de poder encontrar siempre una manera de huir de todas las dificultades que se le presentaban. Así, huyendo, llegó a la Florida. Lugar que lo alejaba más de sus sueños y lo enfrentaba con nuevas calamidades. Los años de encierro e incomunicación y en parte su inocencia, lo confundieron y creyó por un tiempo que al librarse de la dictadura que padecía y llegar al extranjero, jamás estaría sometido a la voluntad o al empecinamiento de ningún líder político. Claro está, a su llegada de Cuba, comisionado, alcalde, senador, eran rangos desconocidos para Máximo.

Por eso después de tantos años de destierro su mayor ambición era que un ovni lo raptara. A diario escudriñaba el cielo buscando un platillo volador. Pero hasta ahora todas las visiones que le originaron cierta esperanza terminaron siendo un objeto identificado. No tenía pruebas sustanciales para asegurar la existencia de esos artefactos en los que ya tantos creen y donde ven cierta posibilidad de salvación. Pero a pesar de sus fracasos vivía confiado en que en algún momento se enfrentaría a algo extraterrenal. Más tarde compren-

dería, decepcionado, que el único viaje interplanetario que había dado en toda su vida, fue su huida en bote hacia el exilio. Y que los marcianos que lo rodeaban no se parecían ni remotamente a los que había soñado.

Máximo miraba al cielo cuando por instinto enfiló el bote hacia la costa iluminada. Aretino corrió a la proa y comenzó a ladrar. Su amo fingió ignorarlo. Con una linterna buscaba las balizas que marcaban los límites del canal, para no encallar y entrar sin dificultades en la bahía. La costa estaba lejos y el regreso le llevaría un buen rato. Como lo sabía, retorciéndose para no soltar el timón, sacó una cerveza de la nevera. Tomó un trago y luego, como todo un marino, prendió un cigarro. El viento le aguaba los ojos; mientras, en la distancia, Miami se ensanchaba en un torbellino de luces.

## II

Había oleaje. Se podía ver la espuma retraerse entre el diente de perro. A veces se desfleca en las afiladas rocas formando largas tiras burbujeantes. Algunas olas llegaban hasta el muro aprovechando los espacios abiertos que forman las pocetas, las mismas que los jóvenes usan para darse un chapuzón en los días soleados. Pero ahora había luna y su resplandor semejaba una larga estela fosforescente sobre el mar. En la orilla el reflejo reverberaba sobre las olas como la luz de un farol a la intemperie. El viento esparcía una llovizna salada sobre la ciudad. Se apoyó sobre el muro mojado y miró hacia los arrecifes tratando de ver alguna ola romper. En ese lugar la ancha costra de diente de perro se extendía formando una explanada de múltiples charcos. Se entretuvo en mirar cómo las olas iban renovando los pequeños estanques dejando una espumosa superficie. Pero una ola, de esas que siempre rompen más que las otras, reventó contra las rocas en un suicidio esplendoroso y como polvo, esparcida por el viento, llegó a Dulce dejando el sabor de toda la inmensidad

en sus labios. El malecón de La Habana es un lugar sin tiempo, un lugar que guarda múltiples secretos, es el lugar donde los cubanos de espaldas a la ciudad tiran sus brujerías, rezan, hacen promesas, sueñan y se engrandecen. Según los románticos que vivieron la época republicana y los cubanos de la última generación que han tenido que usarlo como posada, el malecón es lo más lindo que tiene la ciudad de La Habana. Allí la rabia y el hambre se calman por la esperanza que ofrece el horizonte. Allí los jóvenes cantan bajo el refugio consolador que siempre traen las olas. Rechinan los dientes contra todo, reniegan contra la imposibilidad de una mejor vida. Allí van las parejas y aprietan recostadas al muro. Allí los pescadores al atardecer tienden sus naitons y pasan horas, algunos se cubren la cabeza con un sombrero de guano. Pierden plumadas y anzuelos y los niños con caretas rastrean las piedras del fondo y luego venden los avíos rescatados a los ancianos que a pesar de pagarles se lo agradecen. Algunos pescan chopas desde las mojoneras usando masa de pan como carnada y otros se entretienen en «pescar» gaviotas con las que preparan un suculento fricasé. Vuelan como locas con el anzuelo clavado en el pescuezo hasta que son traídas a tierra como un papalote.

Dulce caminaba despacio por la ancha acera, por donde fácilmente podía transitar un automóvil. Grupos de muchachos mataban el tiempo haciendo cuentos mientras las parejas se manoseaban en los rincones más apartados. Pasó cerca de un solitario que con un radio portátil empotrado en la oreja trataba de escuchar una estación extranjera que se escurría por la interferencia. El hombre estaba tan ensimismado en su tarea que no se percató de la presencia de Dulce. Algu-

nas emisoras de Miami se escuchaban a escondidas, a pesar del control. Los CDR<sup>1</sup> se ocupaban de vigilar las calles y vecindarios con el fin de delatar a todo el que intentaba «diversionarse» ideológicamente. Por eso a Dulce le llamó la atención que el hombre no se hubiese alarmado.

Ya estaba casi en la boca de la bahía. La gran lengua de rocas donde se levantan las fortalezas del Morro y la Cabaña que sirven de abrigo a la ciudad, aplacaba el viento y hacía que el agua de la bahía se mantuviera en calma. Los botes de madera, atados a las boyas corroídas, apenas se movían sobre el manto grasoso. Uno de ellos estaba lleno de agua y su dueño se la extraía con una cubeta. Un descomunal buque mercante venía entrando en la bahía cargado de contenedores, dirigido por un barco piloto del puerto que parecía una canoa frente a aquella mole de hierro. Varios niños encaramados en el muro miraban entusiasmados el espectáculo. El faro del Morro estaba funcionando y su luz se trababa en las nubes iluminándolas. El mar, los barcos, el faro, el olor fresco de la brisa, una pareja casi desnuda en un rincón, la hicieron acordarse de Máximo. ¿Qué estaría haciendo en aquel instante? Cuánto no deseaba ella huir también de aquella isla, de aquel malecón, de esa ciudad enclenque y enmuletada que a sus espaldas la miraba ruinosa. Una ciudad en blanco y negro. Una ciudad abarrotada de historia que se retorció en sí misma, que había sobrevivido a los cañonazos de los buques ingleses, a los ataques de piratas y corsarios, a los trueques a que la sometieron naciones extranjeras como si fuese un saco de papas. Ahora se derrengaba en su propio suelo ante la pasividad, la ignorancia y el miedo.

---

<sup>1</sup> Comité de Defensa de la Revolución.



¿Quién va a salvar esta ciudad si todos pensamos en largarnos para Miami?, se preguntaba Dulce. Como si la hubiesen llamado, se volvió y miró los edificios poco iluminados que ensombrecían el litoral habanero. A intervalos pasaban carros y motocicletas que dejaban un ruido chillón en su recorrido por la ancha avenida. Por lo demás la tranquilidad era amenazadora a tan temprana hora de la noche. Nada había que hacer, salvo tratar de que el tiempo pasara sin dañar y Dulce aprovechaba la brisa salobre. Ir a coger fresco al malecón era muy habitual en los habaneros. En verdad cuando la ciudad se ahogaba bajo el sofocante calor del verano y las calles ardían como fogones, allí, en el muro, el fresco hacía acurrucarse a las parejas y los rostros se enardecían llenos de placer. Los borrachos, cerca de los muelles, encontraban siempre un bar abierto donde en masa se emborrachaban y alardeaban. Donde también se veía de vez en cuando un extranjero despistado, casi siempre marinero, que buscaba el servicio de alguna muchacha que cambiaba su cuerpo por ropa interior o algún pulóver que exhibiera letreros en cualquier idioma que no fuera español. Las jineteras preferían a los turistas y los abordaban en los hoteles o a la salida de las diplotiendas. Para los cubanos los extranjeros parecían venir de otro mundo. Eran reconocidos por su vestuario, por su olor, por el color de su piel. La piel del cubano había tomado, dentro del proceso de calamidades, un color gris.

Casi todas las ventanas de los edificios frente al mar estaban abiertas y Dulce sentía envidia de aquéllos que podían disfrutar, todos los días, del fresco que venía del golfo. Se los imaginaba soñolientos descansando sobre una butaca, sin padecer del calor que a ella la torturaba

en su cuarto. La Habana, como si se hubiera convertido en un pueblo de campo donde no hay mucho que hacer después que las gallinas se recogen, se dormía a la caída del sol, por eso las gentes que querían vivir se reunían en el malecón. La posibilidad de un poco más de vida estaba a la intemperie.

Le dolía la cabeza por la brusquedad con que el aire le agitaba el pelo y ya frente al gran Paseo del Prado decidió volver a su cuarto. Cruzó la avenida casi corriendo y el dolor que tenía en las piernas se intensificó, cojeando llegó a la otra acera. Buscó con la mirada algún bombillo cercano que estuviera encendido, quería mirarse el tobillo derecho a ver si lo tenía hinchado. Después que cayó de la escalera y se fracturó el peroné, se le inflamaba a menudo cuando estaba mucho rato de pie. Sentía una presión sobre el hueso como si el peso de todo su cuerpo estuviera apoyándose en él, lo que le provocaba unos calambres intermitentes y el adormecimiento de toda la pierna. Se recostó a una columna de un portal y descansó. Un toldo, de los años cincuenta, rípiado y polvoriento se mecía haciendo sonar el tubo que aún milagrosamente lo sujetaba. Dulce sintió miedo a que se fuera a caer con el constante azotar del viento y la golpear. Evitó tropezar, cuando decidió seguir su camino, con los balaustres tambaleantes del muro del portal, en algunas partes ya desaparecidos. Sus ojos carmelitas parecían dos manchas que de vez en cuando centellaban al encontrar el reflejo de alguna luz. Varias parejas mataban el tiempo sentadas en los bancos de hierro que había en el Paseo, mientras los niños inventaban juegos. Algunos faroles del alumbrado público en esa área aún funcionaban y la luz amarillenta de los bombillos parecía humillarse bajo los inmen-

sos árboles. Había más movimiento en ese sitio. Frente a la taquilla del cine Negrete se extendía una pequeña cola. Dulce, cuando exhibían una buena película, iba y se refugiaba allí. Era para ella como dar un viaje. Al entrar la embargaba la misma alegría de los preparativos, pero al salir recibía el choque de la tiznada imagen de la realidad. Todas las películas extranjeras le gustaban salvo las soviéticas que siempre giraban sobre un mismo tema, la guerra, la miseria o sobre un mártir que enardecido lo daba todo a cambio de que perdurara cualquier porquería. Sin embargo las películas italianas y francesas la alborotaban, sus ojos se revitalizaban con los colores que envolvían las ciudades depuradamente limpias y conservadas, las tiendas lujosas donde parecían explotar los colores. Algo tan antinatural en la ciudad que habitaba. Por eso se babeaba en la luneta contemplando las ciudades que encandilaban en la pantalla por la multiplicidad de los colores. No había una sola vez que saliera del cine que no sufriera un ataque de jaqueca, sus ojos se empañaban al encontrarse de nuevo con el paisaje habitual opaco y terroso.

Sintió el olor a pizza cuando pasó frente a la pizzería Prado 264. Evadió la molotera que amontonada en la acera esperaba entre gritos y agitación su turno para sentarse a una mesa. Una vigilia de horas por un trozo de pan, que servían achicharrado o medio crudo. Casi siempre eran de queso pero en los días de suerte se podían encontrar de cebolla o ají. Algunos creyentes, con suma discreción, rezaban porque no se fuera la luz.

Dulce tenía hambre, pero no estaba dispuesta a hacer esa cola para comer, ya buscaría la forma de engañar el estómago cuando llegara a la casa, para que los escalofríos, los estridentes ruidos en el vientre y la debi-

lidad, la dejaran dormir. De momento empezó a sudar, su frente ancha se empapó y la luz la hizo resplandecer. Su pelo rizado danzaba intranquilo sobre sus hombros al ritmo del paso apresurado que llevaba a pesar del dolor en la pierna. Llegar pronto a casa era todo lo que deseaba. Se pasó la mano por la frente y aquel contacto la hizo acordarse de las babosas que habitaban la cerca de piedra del patio de la casa donde transcurrió su infancia. En un recorrido lento e intemporal dejaban su huella sobre la superficie porosa. Allí, al amanecer, de rodillas sobre la hierba húmeda, admiraba aquella calma, aquella forma de vida que bullía a su alrededor. Aquella vida que se multiplicaba y se repetía a diario con un fin misterioso. Algunas veces se atrevía a tocarlas y luego se entretenía manoseando la baba que se le pegaba en la yema del dedo.

Por el Paseo del Prado, en los días de carnavales, muchos años atrás, desfilaban las carrozas ambiciosamente decoradas. Cuando era niña, sus padres la llevaban siempre a mirar el desfile. Unas tras otras moviéndose lentamente al compás de un ritmo. Una melodía que se mezclaba con la otra, con el alboroto de los chiquillos pidiendo serpentinas, que las modelos tiraban desde lo más alto de las plataformas. El reflejo del sol en los espejos despedazaba los colores que parecían emerger a borbotones de un estuche de cristal. La apasionaba el color azul y cuando pasaba una carroza donde predominaba ese color era tanta la emoción que la embargaba que sufría. La alegría de Dulce podía tocarse. La entusiasmaban mucho aquellas fiestas, siempre le había gustado la danza, esa excitación que proporciona el baile popular, espontáneo, esa forma en que la música emerge del cuerpo transformada en ges-

ticulaciones y patadas. Uno de sus sueños frustrados era no haber bailado profesionalmente, la gracia no le había faltado, su rostro reflejaba el talento que poseía y sus dientes levemente botados le permitían sonreír con elegancia cuando lo deseaba. La sonrisa fría, seca, característica de las bailarinas. Admiraba a las mujeres que bailaban en trusa en lo más alto de las carrozas y se divertía de lo lindo imitando sus movimientos. Los balcones y las azoteas se abarrotaban de personas que miraban el espectáculo y los niños tiraban serpentinas y los hombres gozaban cómo las mulatas sacudían las despampanantes nalgas. Dulce no pasó de participar en coreografías que se montaban en las fiestas de quince años. Sus propios quince los montó ella apartándose de los pasillos rutinarios y tradicionales que siempre se usaban. Todos los participantes la felicitaron por lo bien que lo había hecho. Todavía en la actualidad cuando oía Danubio Azul recordaba con regocijo y orgullo cómo la aplaudieron mientras bailaba. El fin a sus aspiraciones se lo había puesto su padre, un seguidor de los que tomaron el poder en Cuba en el año 1959. La martirizó durante muchos años para que ingresara en una academia militar. No lo logró por la fuerza con que Dulce se opuso, pero consiguió que se alejara del baile y las fiestas para siempre.

Dos hombres pasaron junto a ella y uno, acercándose, le dijo una barrabasada que Dulce no entendió. Oyó un ronquido intenso como si el muchacho hubiese machucado las palabras en la lengua antes de hablar. Nunca había llegado a comprender del todo esa manera tan rudimentaria de algunos hombres para tratar de conquistar a las mujeres. Algunas veces le gustaba cuando alguno se le quedaba mirando o le decía un piropo ele-

gante. Tomaba aquel mensaje como una prueba de que existía, como una primera manifestación del deseo.

Quería llegar a su cuarto de una vez, eran demasiadas las molestias que sentía y estaba cansada. Unas de las ligas que se ponía para sujetarse las medias, que habían perdido el elástico, se partió. Iba arrastrando un pie para evitar que la media no se deslizara dentro del zapato, pero a pesar de su esfuerzo se le amontonaba en la punta torturándole el dedo gordo. La erizaba la picazón en el lugar donde la liga le había estado cortando la circulación y estuvo a punto de sentarse en el contén a darse uña.

Cojeando, sudando, desesperada, con ganas de gritar, de orinar, dobló la esquina y vio el edificio donde vivía. Saber que estaba cerca de su cuarto, de su refugio, le proporcionó cierto alivio y energía. Casi la tumban varios perros que corrían ansiosos por la acera detrás de una perra ruina, unos tratando de encaramársele y otros husmeándole entre las patas. Dos niños la seguían muertos de risa, azuzando a los perros.

—Cógela, cógela ahora —gritaban mientras movían la cintura agarrándose los güevos por encima del pantalón.

Dulce trató de ignorar lo que pasaba a su alrededor, pero no pudo impedir ver como la perra arrastraba a un macho que se le había encaramado arriba e incómodamente trataba de penetrarla. El bicho rojo del perro colgaba buscando donde meterse y aunque no podía definir muy bien su forma por la poca luz, le vino a la mente una zanahoria. Los niños y los perros siguieron calle abajo por entre el mal olor y la basura amontonada en la esquina. Dulce se enfrentó a la escalera que le llevaba a su cuarto. Allí estaban los dos descamisados, como siempre, sentados en el primer escalón. Una vez los había sorprendido agachándose cuando ella subía la escalera

en saya. Sin falta, a cualquier hora del día, se topaba con ellos cuando subía o bajaba de su cuarto. Se levantaron al verla y pasó entre los jóvenes tratando de ignorarlos, pero sentía sus miradas arrebatándole las ropas.

Abrió con dificultad la puerta, con maña la levantó un poco para que no rozara mucho contra el suelo. Allí estaba el calor esperándola, la misma soledad, el mismo aburrimiento aplastante. Se quedó un instante parada detrás de la puerta soportando todos los dolores que la volvieron a atacar de repente. Le ardía la cara como si le hubiese subido la presión. Miró hacia la ventana con el propósito de abrirla, pero detuvo el impulso. El bombillo de la cocina estaba encendido y sonrió sorprendida porque no se había ido la luz.

## ÍNDICE



I	9
II	18
III	28
IV	38
V	50
VI	69
VII	82
VIII	96
IX	127
X	152
XI	171
XII	179
XIII	199
XIV	213

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

1. *Dile adiós a la Virgen* (novela), de José Abreu Felipe
2. *Al norte del infierno* (novela), de Miguel Correa
3. *La travesía secreta* (novela), de Carlos Victoria
4. *Este viento de Cuaresma* (novela), de Roberto Varelo
5. *Miami en brumas* (novela), de Nicolás Abreu Felipe
6. *Curso para estafar y otras historias* (cuento), de Leandro Eduardo (Eddy) Campa
7. *Del lado de la memoria* (cuento), de Luis de la Paz
8. *Impresiones en el viento* (cuento), de Rolando Morelli
9. *La loma del Ángel* (novela), de Reinaldo Arenas
10. *Boarding Home* (novela), de Guillermo Rosales
11. *El gen de Dios* (novela), de Juan Abreu

